

Y... la invención de la Puebla

La otredad, el pasado poblano, la invención de la Puebla, parafraseado al maestro O'Gorman, es la reflexión...

Porque aunque hoy seguimos diciendo que Puebla era mero punto intermedio en la ruta México-Tenochtitlan-Veracruz, que tenía perfiles militares o intentos correccionales, o era colonia agrícola, y aun sobre todo, producto y realización de la inspiración angélica, lo cierto es que Puebla es la única ciudad del siglo XVI fundada de acuerdo a un cuidadoso y luminoso plan y a un gran objetivo; con la fundación misma se inicia el laboratorio permanente, en lo político y social, de nuestra comunidad; quizá perdurable hasta nuestros días.

Ensayo de República de la Corona, a través de la Segunda Audiencia; para ver si acertamos en alguna, para perpetuidad de esta tierra, sin encomendar indios, con dedicación al agro, para que se asegure la colonización.

Como ensayo práctico para solucionar el grave problema de los vagabundos —gente sin oficio ni beneficio— que constituían un grave obstáculo para la formación de la naciente sociedad y como pésimo ejemplo para la conversión y la propagación del evangelio, por su notable desorden... así se inició el asentamiento de lo que sería la Ciudad de los Ángeles, sin éstos y, sí con vagabundos, como parte de un ensayo social, en que sin encomienda o repartimiento, se podía trabajar y arraigarse a la tierra: era el proyecto de reducir los tributos de los indios cercanos a Puebla, a cambio de construir la ciudad.

Así se inició la invención de la Puebla, porque se dijo y se dice que el obispo Fuenleal tuvo participación en la realización del plan, aunque lo cierto es que estaba en Santo Domingo. Juan de Salmerón va a ser el artífice, el hombre que dio paternidad al proyecto y de hecho el primer gran poblano y poblamista que en el mundo hubo...

Si bien otro obispo, Garcés, planteó la solución al problema de los vagabundos, lo quiso para su obispado, el de Tlaxcala y cuando la Segunda Audiencia resolvió hacerlo en nuestro espléndido valle, adelantándose a la propia decisión de la Corona, Garcés fue implacable y no sólo no volvió a Tlaxcala sino que vino a su nueva sede, la Ciudad de los Ángeles, casi obligado.

Todavía no resolvemos, dentro de esta invención intermi-

nable, el nombre de nuestro asiento. Para Salmerón es Puebla de los Ángeles; lo sugiere en marzo de 1531 cuando ya se había iniciado el asentamiento. El nombre podría deberse a la iglesia donde surge, en Italia, la orden franciscana, Nuestra Señora de los Ángeles; o a la provincia de ellos en Extremadura, de donde procedían los doce apóstoles; a Juan de la Puebla, el superior que ordenó su traslado a Nueva España; o a Puebla de los Infantes, también en Extremadura, que hasta en su escudo de armas guarda semejanza con el nuestro. Pero como sabemos, la reina Isabel de Portugal la llama, por cédula real, acta verdadera de natalicio, Ciudad de los Ángeles, nombre que permaneció, so pena de multas por parte de las autoridades municipales a quienes no lo utilizaran, hasta que en 1640 el influyente obispo Palafox y Mendoza, en sus documentos de la diócesis, la llamó como Salmerón, Puebla de los Ángeles. Saltamos así los documentos religiosos, civiles y el uso común: en septiembre de 1862 el presidente Juárez le da el nombre de Puebla de Zaragoza.

Durante años, y a veces hasta hoy, se cuela el nombre de Alonso Martín Partidor como el responsable de la traza magnífica de la ciudad y no de quien lo fue, Hernando de Saavedra, primo de Cortés, y con experiencias de colonización en Honduras.

También olvidamos a Francisco de Soto, el guardián del convento franciscano de Cholula, partícipe importante en la fundación. Inventamos otros protagonistas.

Documentalmente, entre febrero y marzo de 1531, ya se había iniciado la instalación de la Puebla. Para Motolinia, en su onomástico, 16 de abril, día de santo Toribio de Astorga, surge la primera misa, y el 29 de septiembre del propio año, sobrevienen la solemnización de la fundación, el traslado al sitio urbano que seguimos ocupando y el día de su santo patrono, San Miguel Arcángel.

Cifras de indígenas presentes en aquel domingo de pascua de resurrección para Motolinia son miles de miles; nuevo invento porque habrán sido poco menos de dos miles.

En este volar de imaginación, oímos y decimos, no pocas ocasiones, que la primera fundación fue aquí, allá o acullá. Muchas invenciones, pero la mayoría piensa, cotejando in-

formaciones, que otra vez, tampoco Motolinia tiene razón sino Zumárraga y Salmerón, que fue en el zócalo actual, cuatro kilómetros directos de Teotimihuacan.

Cierto, las invitaciones, los pregones para invitar a españoles al ensayo novohispano, se pregonan en Salamanca, en Ávila, en Plasencia, en Segovia. Pero lo cierto es que tampoco nuestra ciudad nació andaluza, como se repite, sino extremeña, y más de Badajoz que de Cáceres y masiva; según refiere Salvador Cruz en su revisión de las actas de los pobladores, nuestros portales son casi copia de los de Zafra, allá precisamente, en Badajoz, para remachar la versión...

En mayo de 1531, a poco más de un mes del acto religioso, Salmerón lleva a cabo el jurídico-político nombrando al primer cabildo, dando las ordenanzas para la comunidad, instalando las primeras ventas y, en una palabra, integrando a Puebla como municipalidad.

A cuatro meses de la fundación todo parece marchar sobre ruedas pero es ficticio el éxito inicial de la empresa. Puebla va a recorrer un trágico camino de graves penurias, crisis políticas, inundaciones, insalubridad, rigores climatológicos, desconocimiento del medio ambiente, pero fundamentalmente la labor de Zapa, criminal de los encomenderos afectados en sus grandes y poderosos intereses. Como consecuencia, éxodo de pobladores. No llegó a la metrópoli uno de ellos, Luis de Castilla, a tratar de anular el proyecto en marcha.

En este momento, clave para la supervivencia y el desarrollo futuro de nuestra entrañable ciudad, surge la figura egregia del oidor Juan de Salmerón, nacido en Madrid, doctorado en leyes, ex-alcalde mayor de Castilla de Oro, consejero de Carlos V, miembro de la Segunda Audiencia. Investido de amplios poderes por ese organismo, personalmente se traslada a Puebla para afrontar directamente todos los serios problemas surgidos y darles soluciones definitivas. Cuatro meses de intensa labor hecha con pasión, con tenacidad de hierro, con energía creadora, permitieron que la ciudad sobreviviera y sentara las bases recias de su plausible futuro y de su posterior y ejemplar desarrollo.

Salmerón obtuvo mejoras en la habitación, repartió tierras en Atlixco, aprovechó la mano capaz del indígena y con visión de sociólogo, habilidad de estadista y calor de humanista, logró superar todas las dificultades presentadas. Abrió el horizonte que obtendría, no muchos años después, la grandeza de nuestra ciudad, admiración de propios y extraños.

Se establecían nuevas ideas y formas políticas y sociales en el trabajo, fruto de una actitud mental contra el mundo racionalista. Proyecto audaz, acaso utopía, invención, de superación humana que exigía el Renacimiento.

Creo que la figura de Salmerón debe exaltarse en toda su fuerza trascendente, en uno de los momentos más dramáticos de nuestra fecunda historia. Él es, sin duda, el gran forjador de Puebla, y su amor visceral, entrañable para Puebla, lo demostró no sólo en aquel proceso difícil sino también como miembro del Consejo de Indias, ya de retorno en Es-

paña, como apoderado de la ciudad, para la que obtuvo no pocos beneficios.

Puebla siguió adelante con el experimento social; se introdujeron frutales y cereales europeos, instrumental de hierro, tracción animal; se aprovechó el sistema de riego indígena, aljibes y norias y Puebla se convirtió en el centro agrícola más importante de Nueva España; en 1531 se funda el primer molino, en 1538, ya hay en Puebla, textiles, fundamentalmente sedas, linos, paños; se produce jabón, curtido de pieles, cerámica vidriada, vidrio y objetos de hierro, bronce y madera; Puebla es también la primera ciudad industrial y comercial del Virreinato.

Los indígenas se establecieron en barrios propios, alrededor de la ciudad española; se alquilaba tres veces su mano de obra, verdaderos "braceros urbanos". Ensayo nuevo de relaciones laborales dentro del sistema español, los encomenderos no intervenían en el contrato, sino que éste se hacía a través del ayuntamiento; se inició el mestizaje biológico y cultural de la región pero aparece, y hay que señalarlo claramente, el problema de la marginación urbana...

Puebla vence, en fin, con Salmerón como guía y artífice, la parte negativa de la Conquista. El ensayo subsistirá casi sin encomiendas, como caso único no sólo en México sino en el continente. Además, de un lugar planeado para españoles, se convierte en sitio de mestizos, donde el cabildo incluso entregaba tierras comunales para que temporalmente los vecinos trabajaran. Recordemos que, el otro intento, el dirigido por Vasco de Quiroga en la Villa de Santa Fe, cerca de la Ciudad de México, dedicado a los indígenas, no pudo subsistir.

Y aquella ciudad primigenia, ciudad de vagabundos, surgida por el amor de Soto y Motolinia, el celo de Garcés, la tenacidad y visión de Salmerón, a la que concurrieron voluntades y esfuerzos generales, pronto tomó vida y personalidad propia, así como alcances insospechados. Este audaz, noble, alto programa social y humano, fue esencia, raíz y fundamento orgulloso de la erección y tránsito histórico de Puebla, de su nacimiento en 1531 a su rápida consolidación en 1534.

Esta empresa, de alcances elevados, se esfumó, se ha esfumado muchas veces en la fábula, en los mitos de los llamados por Martí "ángeles agrimensores" o del padre Florencia en 1692, con la aparición de San Miguel. Está comprobado, sin embargo, que la Puebla, la Ciudad de los Ángeles, fue obra de hombres de una pieza; en lo hondo y profundo del vocablo, con sentido y visión humanista. Ellos "inventaron" su comunidad y la supieron forjar...

Juan de Palafox, independientemente de su gran esfuerzo humanista como creador de colegios, retablos, hospitales, la catedral, traía una misión específica: la de cuidar los derechos de la Iglesia y del trono de España, consistente en el traslado de las parroquias y curatos de las órdenes monásticas al clero secular y la recepción de los ingresos que percibían los religiosos a las cajas reales; lucha política, económica, que en Puebla, llegó a ser problema social;

ocasionó la alteración de la paz... ¿no también recreamos e inventamos la figura palafoxiana una y otra vez?

No olvidemos que en pleno siglo XVI en Puebla se leía *El Decamerón* y se pintaba intensamente. Lo prueban los frescos de la casa del deán. Inventábamos la locura del barroco en la Capilla del Rosario y en ambos casos, nuestros insignes artistas, aún antes de Tonanzintla, estamparon su sensibilidad con su flora y fauna y sus rostros humanos.

¿No reinventamos un soplo del espíritu para integrar la biblioteca palafoxiana, obra material del obispo Fabián y Fuero?

Inventamos un "santo", Sebastián de Aparicio, que hasta hoy, oficialmente, es sólo beato, pero que ciertamente aligeró la pesada carga de los Tamemes, con sus carretas y carreteras...

Inventamos una historia de Zerón Zapata y ahora resulta, que el autor verdadero es Miguel de Alcalá y Mendiola... inventaron que Puebla se fundó en la llamada venta de Esteban Zamora y de Pedro Jaime, y los testigos oculares de la fundación ni la mencionan...

Dónde empieza o dónde termina lo real y lo ficticio, qué hay entre la utopía, los buenos deseos, la imaginación y lo tangible y real... encuentros y desencuentros en la forja de la Puebla...

Más adelante inventamos la Independencia, imprimiendo el Plan de Iguala, aunque los jesuitas expulsos, con Clavijero a la cabeza, forjados en sus colegios de Puebla, eran los parteros del alma nacional y precursores ideológicos de nuestra autonomía.

Con Miguel Ramos Arizpe, que vive y muere en Puebla, el federalismo; con Comonfort, y sus primeras medidas, la Reforma; con Francisco Miranda y Pelagio Antonio de Labastida, el absurdo imperio europeo y ¿no nuestro Antuñano inventa la industrial textil, gloria y crisis de los poblanos, un tiempo y otro?...

Y con Zaragoza y Díaz, los triunfos militares, después de mil desventuras...

Contra lo que se ha dicho, el espléndido valle poblano, tuvo un indiscutible origen indígena. La arqueología nos ha venido proporcionando material que indica que nuestros naturales de ninguna manera desaprovecharon la configuración física de su asiento, sus ventajas climatológicas y sus recursos. La Puebla prehispánica es básica en el estudio del problema de la densidad de la población mesoamericana y clave para el estudio de Teotihuacan. Es más: para tratar de entender la problemática histórica que encierra Cholula, nuestra Jerusalén americana, habrá que resolver nuestra incógnita inicial. Puebla es ya fundamental en la vida pre-clásica de ese acontecer, que no debemos sepultar y sí exaltar.

Ciudad inventada para españoles, vagabundos, pronto es mestiza... comunidad rural, sencilla, de casa de barro y paja, es ya en el siglo XVII admiración de propios y extraños. Una espléndida y lozana ciudad, llena de prosapia.

Puebla fue poco agrícola, comercial e industrial pero sobre todo fue y allí están, pese al tiempo y sus hombres, su

emporio artístico, su patrimonio monumental y religioso. También están la pintura, la escultura, la producción bibliográfica, su arquitectura, sus explosivos recuerdos, valores abiertos del Renacimiento en América, su traza y conjunto monumental, sus casonas, sus rejas, sus portadas y balcones, su barroco incomparable, sus formas y colores, su azulejo... sus alarifes y yeseros y doradores anónimos...

Aquí están entrelazados con la invención, con la creatividad, los edificios más típicamente mexicanos, de tres centurias novohispanas y aun del siglo pasado. Patrimonio común que algunos ignaros pretenden alterar y degradar, "modernizando" Puebla, derribando casonas para levantar estacionamientos y supermercados, legado que los poblanos de hoy y de mañana debemos respetar.

Porque Brujas, Ávila, Toledo, Cáceres, Praga, Urbino, Spoleto, Florencia no se han valorado por los metros de altura de sus edificios de vidrio o de cemento, las toneladas de pavimento de sus calles, ni en las básculas se han pesado los kilos de sus estructuras. Se han medido precisamente por la estatura de su valor artístico, por la hondura de su verdad patrimonial, insertada en el espíritu esencial de su historia y su significación y proyección cultural, humanística.

Por ello, la UNESCO reconoció en 1987 el valor de nuestro centro histórico, enlistándolo en el patrimonio universal.

Lamentablemente, ni la autoridad municipal de quien depende ese centro, ni mucho menos la comunidad, sociedad civil, tienen participación alguna en la normatividad. Ésta sigue dependiendo, a estas alturas del siglo, del Instituto Nacional de Antropología e Historia, organismo federal, muchas veces en manos de quienes son aves de paso, sin conocimiento mínimo del historial de la ciudad a la que llegan. Permiten y coadyuvan a verdaderos atentados, piqueta en mano, contra monumentos y entornos ciudadanos... con parches, se trata de integrar comisiones, que no pasan, con toda la buena voluntad del mundo, de ser menos aparatos de protesta pero sin poder alguno de decisión.

Es hora, pero ya, de que los poblanos, en nuestro caso, con conciencia y solidarios de la defensa de ese patrimonio, levantemos la voz y pongamos fin al galopante centralismo que no termina pero que sí pone en peligro nuestra misma identidad.

Somos un pueblo con memoria, con permanente aliento nutricional desde Salmerón, que ha sabido "inventar" su ciudad, su casa común a través del tiempo y el espacio y que sabe que para amar, defender y preservarla en sus mejores esencias, hay que seguirla estudiando profundamente. Así de simple y de trascendente es el dilema. ◇

